

***Civilización o Barbarie*: de “dispositivo de legitimación” a “gran relato”**

MARISTELLA SVAMPA¹

Antes que nada, quisiera decir que no es la primera vez que vengo al centro Haroldo Conti, aunque sí en calidad de ponente. Este es un lugar que no podemos banalizar, que no podemos naturalizar, que interpela necesariamente a la memoria, y obliga a revisar el pasado.

Quiero decir también que disfruté mucho de las ponencias precedentes. Me han parecido muy apasionantes. Y esto me hace pensar en el hecho de que siempre que abordo el tema civilización o barbarie (que fue mi tesis de doctorado, hace ya 18 años),² tengo como consigna general que hay que desapasionar el objeto para volverlo realmente apasionante. Sin embargo, creo que nunca lo he logrado. Siempre ha resultado ser realmente un objeto apasionante, y siempre lo he presentado, o tratado de presentarlo, de manera también apasionada.

Me cuesta bastante hacer un resumen, o una síntesis, de lo que podríamos decir son algunos de los usos y funciones que civilización y barbarie ha tenido a lo largo de la historia política y cultural argentina. Voy a tratar de puntualizar algunos temas que creo que nos pueden ayudar a reflexionar no sólo sobre el pasado, sino también sobre el presente político argentino.

Aquí han dicho de diversas maneras que efectivamente el libro, el *Facundo* de Sarmiento, es un libro que plantea una imagen polisémica. No es solamente *civilización o barbarie*, sino también *civilización y barbarie*. Pero lo que

¹ Presentación en el Centro Haroldo Conti, Secretaría de Derechos Humanos, *SEMINARIO DE MAYO* / 200 AÑOS DE HISTORIA ARGENTINA, *EL DIFÍCIL PROCESO DE CONSTRUCCIÓN DE UNA NACIÓN*, 12, 13 y 14 DE MAYO DE 2010

² La tesis fue publicada como libro en 1994 bajo el título de *El dilema argentino: civilización o Barbarie*, Ediciones El Cielo por asalto. En 2006 fue reeditado bajo el sello de Taurus, con un postfacio.

va a quedar inscripto en la historia, y lo que de alguna manera se va a insertar como una suerte de dispositivo simbólico fundacional a partir de los años 80 es la oposición entre civilización o barbarie, que expresa claramente una fórmula de combate, y sobre todo un llamado a la exclusión y al exterminio del otro.

Para tratar de mostrar la productividad cultural y política de esta imagen, voy a comenzar hablando cómo la imagen sarmientina recorre las diferentes tradiciones políticas.

1-Las tradiciones políticas

En primer lugar quiero decir que el conjunto de las tradiciones políticas argentinas está atravesado por la imagen dicotómica de Sarmiento, por la imagen de civilización o barbarie, y me estoy refiriendo con ello a la tradición democrático-populista, a la tradición liberal-conservadora, a la tradición política de izquierda y a la tradición, por supuesto, autoritaria conservadora.

La tradición democrático-populista se vio interpelada por la imagen civilización o barbarie, ya que su empleo sistemático conllevó un cuestionamiento de la legitimidad democrática por la sola vía del sufragio universal. Pero esta va a ser doblemente interpelada por la imagen sarmientina en la medida en que la tradición populista-democrática va a hacer una reapropiación positiva de la barbarie asociándola a la idea de pueblonación. Hay ahí efectivamente un tema central, el doble carácter que asume la imagen sarmientina desde esta tradición, sobre el cual reflexionar.

Por otro lado, la tradición liberal conservadora retomará la imagen sarmientina. Como decía anteriormente, en la época de la fundación de la Argentina moderna, ésta ocupó un lugar central, determinante, en el marco de un proyecto que evidentemente tuvo una dimensión excluyente, porque implicaba la marginación y el llamado al exterminio de indígenas y

montoneras, pero al mismo tiempo tuvo una dimensión, o una vertiente integracionista, en su vinculación con ciertos ideales europeos de progreso y civilización, por la vía de la inmigración. De modo que civilización o barbarie se instaló como imagen fundacional en el dispositivo simbólico de la ideología liberal.

La tradición de izquierda, sin duda, va a retomar la imagen civilización o barbarie. Y cuando hablo de tradición política de izquierda me refiero, por un lado a las diferentes corrientes sindicales (socialistas, anarquistas, sindicalistas) que emergen a fines del siglo XIX y principios del siglo XX, como también a los distintos partidos políticos de izquierda (socialista y comunista). En este sentido, civilización o barbarie ha atravesado desde sus orígenes la tradición política de izquierda, a través de las críticas a la “política criolla” así como a las sucesivas actualizaciones de la llamada “barbarie autóctona”. Estos dos temas van a configurar determinados núcleos o puntos ciegos en cierta intelectualidad política de izquierda que, por esa vía, va a expresar su desprecio por ciertos contenidos plebeyos de la vida política popular argentina.

Por último, por supuesto, está presente en la tradición político autoritaria, que retoma a cabalidad este dilema sarmientino, valorizando de manera unilateral el polo civilización, y produciendo un vaciamiento, un achicamiento, una reducción a lo largo de la historia, al asociarla a valores tradicionales y jerárquicos identificados con la Iglesia y el Ejército, en una visión que históricamente tiene puentes inevitables con la tradición liberal-conservadora.

En definitiva, ninguna de las tradiciones políticas argentinas es en este caso “neutral” respecto de la imagen sarmientina, sino que el conjunto de ellas han tomado forma, de alguna manera, a través del modo en que han releído y se han reapropiado de esta imagen dicotómica.

2- Productividad política y recursividad

¿Cuál es el carácter de la dicotomía que explica, de alguna manera, este éxito, esta inmensa productividad política a lo largo de la historia de Argentina? La imagen constituye sin duda una metáfora más o menos recurrente del lenguaje político, que reaparece en momentos de confrontación política aguda y a través de la cual la sociedad presenta sus divisiones bajo la forma de antagonismos inconciliables. Sin embargo, otras oposiciones han tenido una centralidad innegable en el campo político argentino en diversas épocas: Unitarios/Federales, Centro/Interior, Causa/Régimen, Peronismo/Antiperonismo, Pueblo/Oligarquía, Patria/Imperialismo, entre las más importantes, fueron antinomias que señalaban, de manera más clara o precisa según los casos, determinados clivajes socio-políticos.

Pero la célebre imagen “Civilización o Barbarie” posee un *status* singular en comparación con las anteriores, debido tanto al rol histórico inicial que ella cumplió, como a la influencia de largo aliento que ha ejercido sobre el pensamiento y la vida política argentinos. Aún más, la importancia del dilema sarmientino se nos revela en el hecho de que otras oposiciones -como algunas de las citadas más arriba-, remiten a la imagen de Sarmiento, “Civilización o Barbarie”, suerte de matriz que parece sostener las recreaciones posteriores acerca del tema de la Argentina “dividida”.

Es en este punto que nos interesa el texto de Sarmiento: la fórmula “civilización y barbarie” que recorre y vertebró el libro supo, como ninguna otra, sintetizar las dicotomías anteriores, así como inaugurar un nuevo período en el cual ella fue puesta al servicio de la legitimación de un nuevo orden. Pero su importancia no se detiene ahí: su reactivación posterior en el campo político, así como el trabajo de recreación constante en el terreno de la cultura,

de manera directa o más sutil, le han dado una persistencia innegable, sin que por ello sea posible afirmar su presencia continua en ambos campos.

Ahora bien, la permanente recreación de la dicotomía “Civilización o Barbarie” puede leerse desde dos ejes determinados (el cultural y el político). En otros términos, la historia particular de la imagen sarmientina no pertenece exclusivamente ni al campo político ni a la esfera intelectual; ella se construye en la intersección de ambos, esto es, en el vaivén del campo político al campo intelectual. Si existe una continuidad sarmientina en toda la historia que hemos trazado, hay que buscarla pues en el hecho de que “Civilización/ Barbarie” es en Sarmiento una figura dicotómica que vertebraba ambos campos, que se instala en el *entre-deux* y hace porosas sus fronteras. El *Facundo* es un libro de combate que tiene una clara vocación política, pero al mismo tiempo va más allá de las invectivas políticas, más allá también de las dimensiones políticas-literarias del mito romántico, para devolvernos un complejo cuadro que va del análisis de las diferentes tensiones sociales a la enunciación de la naturaleza de lo social en las sociedades latinoamericanas. La historia posterior de la imagen registra también un incesante vaivén y encabalgamiento de los dos campos, donde bien puede advertirse que es la situación social la que, por lo general, comanda dicho pasaje y sus diferentes articulaciones. Aquí hay dos cuestiones que quisiera subrayar.

En primer lugar, los distintos empleos y significaciones de "Civilización o Barbarie", que dan cuenta de este insistente vaivén entre el campo político y la esfera cultural, en el cual la imagen sarmientina es menos el reflejo de un criterio de discriminación de lo político, que *el resultado o la cristalización de una determinada relación con la política*. No estamos hablando sólo de una relación discursiva, sino de una relación “práctica” con la política. Es una manera de ver y de intervenir en la vida política argentina que implica, sobre todo, pensar a la política bajo la forma de una oposición entre principios irreductibles, de principios que efectivamente no pueden convivir en un mismo espacio

político. Para decirlo más simplemente: lo que vamos a encontrar es los usos y avatares del dilema sarmientino van configurando una determinada cultura política argentina.

En segundo lugar, es necesario reconocer el carácter recursivo de la imagen sarmientina. En otros términos, la actualización de la imagen sarmientina se produce al calor de las luchas políticas, en determinados momentos históricos, en contextos políticos de gran virulencia. Es, en este sentido, esta agudización de los conflictos explica e ilustra los diferentes giros y –podríamos decir- las sucesivas inversiones que fue adoptando la imagen original. Quisiera dar tres ejemplos, años 80, para ilustrar el modo en que se producen procesos de reapropiación, tanto del polo civilización como del polo de la barbarie.

Uno de ellos es 1910, en la época del primer centenario, época en la cual se da la ampliación de la figura del bárbaro. El bárbaro que antes, sobre todo, aparecía encarnado por los sujetos nativos, sea indígenas como montoneras, que reenviaba también al legado español, va a abarcar cada vez más al inmigrante, a la figura del inmigrante, que amenaza cada vez más el orden social existente. Ese inmigrante que la elite creía que era un lote domeñable, sumiso en sus manos, y que lejos de eso se organiza en los distintos sindicatos anarquistas, sindicalistas y socialistas. Entonces, asistimos en la época a un proceso de ampliación de la figura del bárbaro, y al mismo tiempo la elite, en el festejo del Primer Centenario, apuntará a rescatar la idea misma de tradición, que había sido completamente negada, asociada al legado español, para asociarla al gaucho desaparecido, al que ya no está, al que se ha ido, que ya no molesta, a fin de vincular civilización y tradición con el núcleo criollo fundador. Lugones -que a veces es rescatado, creo yo de manera injusta- es quien en *El Payador* hace este paso, realiza esta operación política, en 1913, en el teatro Alvear, frente a un público privilegiado, en el cual se encuentran el Presidente de la Nación y varios de sus ministros.

Otra operación muy interesante es la que se produce en 1930. En esta época se dan a conocer los primeros escritos de lo que sería denominado como “revisionismo nacionalista”, sobre todo, los llamados nacionalistas de derecha –como E. Palacio y los hermanos Irazusta-. Son ellos quienes van a retomar la idea de barbarie, apuntando tanto al agotamiento del modelo civilizador, como el carácter falsamente civilizador que ilustra la elite. Desde esta perspectiva, ellos van a rescatar esa barbarie nativa, autóctona, sobre todo asociada o pensada en función de la figura del líder, sin sujeto social concreto que le dé sustrato.

Una tercera operación se da en 1945, cómo olvidarlo, con la irrupción política del peronismo. Época en la cual aquel sujeto que los nacionalistas de derecha mistificaban en nombre del líder, adquiere ahora concreción plena y aparece como uno de los protagonistas de la historia. Por ende, a partir de 1945, pese a que Perón mismo no realiza tal rescate (más bien Perón piensa en un formato asociado al pueblo-organizado), hay transformaciones profundas. Y serán los revisionistas populistas quienes harán el rescate de esa barbarie revalorizada positivamente en nombre de un pueblo-nación que puja por su liberación a lo largo de la historia, oponiéndose a esa oligarquía dominante.

3. Usos y funciones de la imagen sarmientina

Ahora bien, una cuestión que me interesó analizar en aquella tesis de doctorado, después publicada como libro, fueron los diferentes usos y funciones que podemos rescatar, una vez que hacemos ese recorrido histórico que nos muestra la presencia, tanto en el campo cultural, como en el campo político de la dicotomía sarmientina. Y hay ahí tres o cuatro funciones, que voy a tratar de resumir, esenciales de la dicotomía sarmientina

a) La imagen “Civilización y Barbarie” tuvo un primer empleo en Argentina al sintetizar el *principio de legitimación política* del liberalismo triunfante y una estrategia de lucha para llegar al poder. “Civilización o Barbarie”, ya lo hemos dicho, fue desde el principio una imagen polisémica; su eficacia simbólica se hallaba relacionada con la capacidad de abarcar y enlazar distintas problemáticas y registros como lenguajes diferentes. Se insertó, en tanto imagen unificadora, en el dispositivo simbólico de la construcción liberal, dentro de un proyecto general de modernización. Dicha imagen expresaba cabalmente las dos dimensiones del proyecto civilizatorio: la exclusionista y la integradora. Así, hacia 1880, era símbolo de un discurso del Orden (la organización nacional, con todas sus consecuencias políticas); expresaba también la puesta en plaza de un principio de legitimación política, en nombre de ciertos valores como la Civilización y el Progreso europeo, asociados a la instalación de un régimen liberal. En tanto símbolo del proyecto de modernización, la fórmula vehiculizaba un principio de integración social a través de la práctica de un ideal educador y del progreso social general. “Civilización y Barbarie” era visión del pasado (la lucha entre dos fuerzas contrarias), lectura del presente (los primeros efectos de absorción de la barbarie por la civilización) y, finalmente, visión del futuro (el triunfo incontestable de la civilización). En tanto discurso del orden (legitimación política), la imagen se articulaba así en el lenguaje de la exclusión (era el principio en nombre del cual se había eliminado o marginalizado a una parte de la población nativa), y en el de la integración (proyecto civilizador), aun cuando ésta fuera sólo concebida a través de la absorción del polo adversario.

La larga historia socio-política del país que va de 1880 a 1930 nos revela no sólo las crecientes insuficiencias del modelo civilizatorio, sino su reducción a una expresión mínima: en su dimensión excluyente, termina por mostrarse como un mecanismo de exclusión política; en su dimensión integracionista,

como justificación del sistema socio-económico. La época marca así el tránsito que va del liberalismo triunfante al liberalismo defensivo; de la puesta en práctica, por parte de una élite, de un proyecto hegemónico que contemplaba la integración de diversos sectores sociales, a un modelo de desarrollo que encubría esencialmente una ideología de dominación de una clase empeñada en la defensa de sus antiguos privilegios.

b). **“Civilización o Barbarie”** es también una *representación social* que evoca, a través de su asociación con un discurso del orden, el peligro de la disolución de los lazos sociales, la amenaza de la descomposición social. Esto se torna visible en épocas de transformación y de cambio, al mismo tiempo que parece caracterizar al liberalismo en su etapa defensiva. La figura fantasmática de la barbarie señalaba así la existencia de un elemento al parecer no representable o una barbarie “interior” donde se mezclaban consideraciones pseudocientíficas acerca de las masas. Expresaba también un rechazo de la existencia de los nuevos conflictos sociales, todavía no articulados e instituidos desde la esfera jurídico-política.

Este sentimiento de fragilidad social vuelve a experimentarse durante la época del peronismo: la entrada extra-institucional de las masas señalaba la amenaza de una exterioridad social, al mismo tiempo que la institución de relaciones sociales mostraba el peligro constante de desborde del marco político-jurídico por parte de las masas. El peronismo representaba precisamente este “exceso”, este fantasma del desborde social, que el temor de la disolución social cristalizaba en el tema de la barbarie, y que tuvo su momento de inflexión el 17 de octubre de 1945. Sin embargo, esta lectura cubre solamente uno de los aspectos de la problemática.

c) La lectura idealista o el gran relato binario

Esta lectura se revela como una visión con pretensiones explicativas totalizantes de la historia argentina, resultado de su reaparición y reutilización en los dos dominios (político y cultural), y que se emplaza, por ello, por encima de sus diversos empleos y significaciones puntuales.

Fue sobre todo la irrupción del peronismo lo que actualizó los contenidos idealistas de dicha lectura, ya presentes en el revisionismo histórico. En efecto, el hecho es que a partir de 1930 la inversión de la imagen sarmientina, como el vaciamiento de la idea de civilización, anuncian ya la cristalización de una lectura idealista de los procesos histórico-políticos argentinos. Revalorizada positivamente por unos (la barbarie en tanto pueblo-nación, apropiación autorreferencial); denostada y demonizada por otros (la barbarie residual, apropiación heterorreferencial), estos dos modos de apropiación del tema de la barbarie encuentran su traducción en el plano político a través de la oposición entre el campo peronista y el antiperonista. Así, más allá de la lógica propia de los procesos sociales (el peronismo estaba allí, la lógica de acción populista aumentaba aún más la creencia en la “barbarie” de las masas), lo notable en todo ello es el paulatino encierro de esta lectura en una lógica de ideas. A través de ella se hacía menos referencia a lo real en sí mismo, que a su *status* en relación a las imágenes del pasado. La historia se cristalizó en entelequias y el presente devino metáfora o cumplimiento sin más de esa historia. La lectura idealista encuentra así su punto de explosión a partir del peronismo. La idea de un antagonismo mayor denunciaba para unos un clivaje socio-político (el peronismo y la izquierda peronista señalaban a los sectores antipopulares o a la oligarquía); para otros, un clivaje cultural-político (el campo liberal antiperonista denostaba las formas de incultura del peronismo, al cual calificaba de antidemocrático, dictatorial o totalitario).

4-Civilización o Barbarie en el presente argentino

¿Qué ha sucedido en las últimas décadas? Cuando en 1994 publiqué por primera vez el libro sobre el tema, hacia el final del mismo me preguntaba qué quedaba de la vieja imagen sarmientina en la Argentina contemporánea, luego de la larga historia de resignificación y, a la vez, de inversión y de vaciamiento progresivo que se había registrado en los dos polos de la dicotomía, en ese vaivén del campo cultural al campo político. En realidad, observaba que, pese a que la imagen de “civilización o barbarie” permanecía como un mecanismo de invectiva, propio del campo político, ésta se hallaba sumamente debilitada en términos de representación social así como de lectura idealista, esto es, como “gran relato” o clave explicativa de la conflictiva historia nacional.

Factores de carácter político y económico evacuaron también la eficacia simbólica de esta lectura: por un lado, el destino trágico de tantos argentinos bajo la dictadura militar, el carácter ferozmente represivo de esta última en todas las esferas, dieron emergencia a un discurso político que, contemporáneo a la revaloración de la democracia en el espectro internacional, buscaba implantar un modo de vida democrático consecuente con el sentimiento y el malestar histórico de tantas franjas de la población argentina. Asistimos entonces a una fase de revalorización de la democracia procedimental y sus instituciones.

Por otro lado, a posteriori, la crisis y vaciamiento de la tradición nacional-popular de los años 90, a manos del peronismo, también señaló un punto de inflexión. No hay que olvidar que el peronismo realizó un viraje neoliberal, en fin, que mucha agua ha corrido bajo el puente, lo cual ha dejado marcas indelebles en el propio peronismo. Y por supuesto, ya que tengo colegas historiadores a mi lado, quería señalar también que asistimos a una profesionalización de la historia en el campo académico, campo que abandona una lectura revisionista de la historia, en pos de una complejización de los análisis, para señalar las tensiones, las contradicciones, pero también la

complejidad de aquellos períodos (como el rosismo), que antes tendíamos a leer a través de una lógica más bien lineal o unilateral.

En este sentido, creo que más allá del efectivo vaciamiento que ha habido del polo civilizador, (¿acaso alguien podría asociar lo que ocurrió en la Argentina de los últimos 30 años a un proceso civilizatorio?), también ha habido un proceso de vaciamiento del propio actor popular, como sujeto histórico. Sin embargo, más allá de este vaciamiento, podríamos decir que hemos asistido a nuevas reactivaciones de la figura de las clases peligrosas.

En esta línea, podríamos afirmar que, durante una buena parte de los '90, la dicotomía sarmientina estuvo ausente del campo político e intelectual argentino. Sin embargo, más allá del efectivo vaciamiento de determinadas tradiciones culturales e ideológicas, en los últimos años (a partir de 1996, pero especialmente, luego de 2001), en un escenario atravesado por la crisis, se ha venido registrando una reactivación de la figura de las clases peligrosas, actualización que trae consigo los ecos de la imagen sarmientina.

Así, en primer lugar, en la Argentina de los últimos años, *la imagen de la peligrosidad* y el fantasma de la *descomposición social*, aparece ilustrada muy especialmente por las poblaciones pobres movilizadas: por las características propias que reúne (base social y tipo de movilización, entre otros), han sido sin duda los movimientos de desocupados, esto es, los piqueteros, los que han venido a encarnar de manera paradigmática la figura de las nuevas clases peligrosas. Las intensas movilizaciones sociales, llevadas a cabo por los desocupados, más aún, la creciente ocupación de los espacios tradicionales de la política, sobre todo en la ciudad de Buenos Aires, han ido reactivando una serie de prejuicios raciales y sociales que inevitablemente aparecen cargado de resonancias sarmientinas.

En segundo lugar, la tentación por adoptar un esquema binario reapareció en Argentina a raíz del conflicto entre el gobierno y los productores agrarias. Es ahí donde, lamentablemente, vimos una vez más

actualizar un esquema binario, que sin tomar de manera literal la imagen sarmientina, va a retomar el lenguaje de las polarizaciones, esto es, esquemas sumamente lineales y binarios que posibilitan un marco de lectura global de la historia, una lectura en clave de pasado, que volverá a activar prejuicios racistas y clasistas de lo más elementales, desplazando el conflicto por fuera de toda disputa democrática.

Para terminar, hablar de civilización o barbarie creo yo significa preguntarse acerca del modo en que cómo una sociedad se representa sus diferentes divisiones. Es evidente que dicha lectura cultural-política de las divisiones se opone una concepción conflictiva de los procesos sociopolíticos al proponer la imposibilidad de la coexistencia de las oposiciones.

Así, esta lectura, lejos de favorecer la consolidación de un espacio político a partir del cual puedan tratarse de manera diferente las demandas políticas y sociales, constituye una llamada a la ruptura y a la exclusión del otro. Los problemas de afianzamiento de una tradición democrática se hallaban, y se hallan, directamente conectados con la re-emergencia de dicha lectura binaria en determinados momentos de la historia argentina. Las divisiones políticas del país presentan, o tienden a presentar, así, un carácter fatal e irreversible, donde la historia aparece como fuente de legitimación de la exclusión del otro.

En otros términos, la proyección de civilización o barbarie en el espacio político argentino, sobre todo, creo yo, monopolizaba, y tiende a monopolizar y a absorber las diferentes figuras de la división. Así, la imagen sarmientina, más que facilitar, obstaculiza la posibilidad de pensar las divisiones, pues su reactivación en el campo político argentino tenía la ventaja, por sobre la concepción democrática, de remitir al presente político a un cuadro de inteligibilidad histórica omniexplicativa.

En la actualidad, la imagen sarmientina aparece debilitada como esquema de lectura idealista, pero continúa presente, en tanto mecanismo de

invectiva política, con la aspiración de convertirse y devenir, al calor de los nuevos conflictos, en relato global de la historia. Reaparece tanto en la reelaboración de la figura de las nuevas clases peligrosas, como en los intentos de insertar los conflictos actuales en esquemas binarios, simplificadores, que tanto de un lado como del otro tienden a colocar cualquier disputa por fuera del campo democrático.